

TEORIA DE LA MUERTE

*La muerte,
en algún lugar,
esconde un cero*

Ulises Tabina

1

Bien, hoy la enterramos.

La familia se veía compungida, sobre todo la mamá. Cuarenta, cuarenta y cinco, qué se yo: siempre he sido malo para adivinar la edad de una mujer. El papá, en cambio, se veía callado, perdido; sus ojos parecían buscar una avellana entre el follaje de un árbol, allende las tumbas. La gente se acercaba a incomodar; cuánto lo siento, parecía decir una muchacha que se aproximó al oído de la madre.

También había una niña. Los sepultureros habían empezado a hacer su trabajo y ella se divertía dando pataditas a la tierra amarilla con

la que llenarían la fosa. Cuidado te caes, tuvo que decir una señora cuando se acercó y la señaló con el dedo. Le voy a decir a tu mamá. Una vecina, me imagino, una metida, una de esas. Niña vete, vete —pensé y mis cejas se movían de arriba abajo— vete antes de que te dé por morir y a mí por asistir a tus exequias. Entonces, como si hubiera captado mi mensaje por telepatía, se perdió entre las faldas negras sin planchar que vestían las señoras, las tías, esas hermanas lejanas que esperan una ocasión como estas para llegar a criticar al sobrino que no trabaja.

Los entierros ya no me conmueven. Antes sí, sobre todo porque el llanto de una mujer me gusta, me llena de hormigas por todas partes. Ahora, sin embargo, eso de enterrar a los muertos es cosa de todos los días, pura moneda corriente. Pero no puedo dejar de ir, es casi una obligación. El de hoy, por ejemplo, fue mi tercer funeral de la semana; creo que el décimo del mes y el cuadragésimo, si no estoy mal, en lo que lleva el año. No es mi culpa, la gente se muere todo el tiempo: ¡como haber uvas! Yo vivo de hacer esto, de perseguir muchachas que se mueren y acudir a sus homenajes de partida. Adiós, mi amiga, le digo a la de turno cuando imito la oración que no me sé, cuando veo que los señores del cementerio dan la última palada.

El entierro de hoy no fue tan simple como otros. Es la primera vez que se trata de alguien que conozco. Por lo general, las que se mueren han sido primas-de-la-compañera-de-la-vecina-que-vive-al-otro-lado-de-la-calle-en-la-que-el-

tío-Segundo-tuvo-una-novia. A estas siempre acompañó con el rictus de la boca en línea recta, sólo por dar el aspecto adecuado; voy casi siempre con el traje oscuro que compré para el grado del colegio, y con gomina en el pelo para darme un aire de Gardel, de serio, de triston. Hasta ahora no he podido conseguir lentes, de los negros, claro; de los que usan los pilotos. Me he dado cuenta de que son los propios para un evento así; con ellos se disimula el llanto, los ojos caídos, la cara trasnochada, la vista puesta en las piernas de una amiga que vino de lejos.

La chica que enterramos hoy se llamaba Margarita. La conocí de niño, estando en la escuela; en una ocasión me llamó desde la esquina de los baños de mujeres y se levantó la falda. No llevaba nada puesto; aunque tal vez sí, quién sabe, mi memoria puede estar viciada con las imágenes con que el cine porno adobó mi adolescencia. Lo cierto es que la conocí en el patio trasero del colegio y que me llamó y que algo hizo. Estábamos en el mismo salón de clases, pero de eso no me acuerdo nada. Sólo de la falda, no más.

2

Desde hace dos años voy al cementerio a acompañar entierros. La primera vez fue por casualidad. Para ese entonces, por la emoción que me produjo la biografía de Rulfo, solía rondar el cementerio buscando nombres de muertos y fechas de defunción que se



relacionaran entre sí; un día, estando en esas, vi pasar un ataúd de caoba cargado por seis mujeres. El único hombre era un sacerdote. En mi libreta acababa de anotar: Abril Díez Díaz (1845 – 1862); este nombre me atrajo por la casualidad: estábamos a finales de marzo.

Ese primer funeral tuvo otra cosa. Una mujer, algo entrada en años, se acercó y me abrazó sin conocerme. Estalló en llanto, pero en un llanto silencioso que apenas dejaba oír un moquear delgadito. Las mujeres parecían ser de una cofradía de feministas, de una hermandad de ex esposas de militares caídos, algo así. Pensé que debía tratarse de un suicidio, de una muerte por amor, de una inyección de potasio; pero la mujer, antes de marcharse, me dijo, casi en secreto, que ella misma le había gritado: “¡María, traga!”, cuando la vio morada, atragantándose; luego se alejó diciendo que lo sentía mucho, que gracias por venir. Me imaginé, entonces, un accidente en un paseo, en un restaurante: una papa mal cocida que la ahogó cuando reía por un chisme de oficina; un trozo de carne que la atoró al enterarse de los juegos de su marido. No temí que me descubrieran como impostor, pero me hice a un lado, ocultándome tras una estatua que adorna la tumba de un poeta. Crucé los brazos y me quedé quieto, oyendo las letanías de las señoras más viejas. Descanse en paz y brille para ella la luz perpetua. Sentí que, si quería, podía llorar sin miedo, sin pena.

Las palabras “María, traga”, me quedaron repicando hasta que, meses después, descubrí una tumba a ras de piso, casi al final de uno de los pabellones, con el nombre Dubán Tabina (1885 – 1949); lo extraño de la tumba, en este caso, no fue el nombre o la fecha, fue una dedicatoria que había en una esquina de la lápida: “A Margarita”. Sonreí pensando que también los muertos se dedican, como si fueran un poema, una canción de Sandro. Quizá Dubán —pensé— era el amante de Margarita y el asesino le dedicó el muerto a su amante (por celos, me imagino). *A Margarita*, anoté en mi libreta. Ese mismo día, en la tarde, jugando con el lápiz descubrí el anagrama: A Margarita = María traga.

“¡María, traga!”, cuando la vio morada, atragantándose; luego se alejó diciendo que lo sentía mucho, que gracias por venir.

Las coincidencias, para ese entonces, no parecían contundentes. El nombre Margarita empezó a llenarse de un halo misterioso. ¿Qué tiene?, me pregunté cuando leí en la prensa que la hija del rector del colegio en el que estudié la secundaria, había sido asesinada por su niñera cuyo nombre era igual al de la niña: Margarita.

3

Margarita Rivadeneira (1900 – 1933). Su tumba estaba en lo alto de una pared que el terremoto de 1983 dejó incólume. Nadie, por supuesto, había adornado la tapa que cubría la bóveda. En la esquina inferior había una cruz y unas letras que no alcanzaba a leer. Conseguí una escalera y subí a ver la inscripción. Tuve que subir cinco escalones hasta dar con las palabras. Qué bueno, pensé, que no tuvo que saber de la Segunda Guerra, de la muerte de Gaitán, de la literatura de los años 50, del Nadaísmo. La inscripción era el fragmento de una oración cuyo último verso rezaba: “la muerte y la vida entre una cosa y la otra”. Con ese nombre, y con el verso que reproduje de inmediato en mi cuaderno, empecé a coleccionar Margaritas muertas. Rápidamente bajé de la escalera y corrí a presenciar el entierro del que me había enterado por la radio. En Ciudad de Niebla los muertos se anuncian por AM: *la señora Roselina Calambás falleció el pasado miércoles en el hospital San José de la ciudad. Su esposo y sus hijos invitan a familiares y amigos a su entierro que se llevará a cabo mañana sábado en el cementerio del sur*. En ocasiones, cuando el nombre me interesa y sé que se trata de una mujer joven, alisto mi traje, la gomina y corro a encontrarme con los deudos. Muchas veces me acerco sin pena y

digo lo que se me viene a la lengua: Conocía a su hija desde hace muchos años; es una pena que se haya ido (a veces hasta gimo). Por lo regular, mis palabras caen como una navaja; las señoras palidecen, blanquean los ojos. Alguna vez dije que era el novio y acababa de llegar de lejos, ¡qué horror!, vine tan pronto me contaron la noticia; tuve que huir, un hombre se lanzó sobre mí lleno de ira.

¿Habría alguna diferencia si me pusiera a investigar y recoger las fechas, los epitafios y los nombres compuestos de las Teresas, las Andreas, las que se llaman Josefina?

La muerte no juega con las cartas, creo; lanza su guadaña a palos a ciegas y Margarita que pasa, Margarita que está linda la mar; no importa, todas para el hoyo, para abajo donde los moscos son más grandes y la calefacción no sirve. Por eso me gusta visitar a las personas después de muertas, porque sé que, en ese momento, habrán de oír las voces cada vez más lejanas, como el tren cuando ya no pita y se deja perder en el borroso horizonte.

En el funeral de la mañana me saludé con un hombre al que no había visto jamás; me pidió un cigarrillo y no tuve cómo complacerlo; he dejado de fumar desde hace meses. El hombre consiguió el tabaco en otra parte y se puso a fumar a mi lado. Me dijo que se llamaba Iván Rodríguez y en su rostro creí ver las dos fechas del mármol. Especulé un poco, como suelo hacer cuando conozco a alguien:

Popayán 1955 — Ciudad de Niebla 2030. Me dijo que era un amigo de la casa, que la había conocido desde siempre, desde que era una niña y jugaba con tierra en el patio de la casa. Hablaba y el humo se escapaba de sus labios con dificultad; al tiempo, miraba la cara descompuesta del padre que cada vez se notaba más perplejo, sonámbulo, como si el muerto fuera él mismo y nadie se lo hubiera dicho. Su conversación me permitió atar algunos cabos: me dijo que la niña —así se refirió a ella en dos o tres ocasiones— lo había ido a visitar dos días antes de su muerte, que le había dicho que estaba harta de tener que trabajar tanto y no poder hacer sus cosas. Supuse que él y Margarita se traían algo, pero qué decir, ella ya murió y yo no soy un detective de amantes que anda oliendo las sábanas de los moteles. El hombre terminó el cigarrillo y me dijo: Se despidió de mí.

4

He venido rumiando la idea desde hace rato; pero hoy, después del almuerzo, cuando ya me había aflojado la corbata y casi no me quedaba rastro de gel en el cabello, tuve un chispazo. La muerte y la vida de las Margaritas —me dije— están sujetas a las probabilidades del 50/50. Hace unos días, cuando en mi libreta rebosaban las muertas con ese mismo nombre, pensé que, quizá, si me fijaba en la flor

